

A woman with dark hair and blue eyes, wearing a sleeveless olive-green military-style uniform with a collar and pockets, is posed against a warm, textured background. The text is overlaid on the lower half of the image.

Quiero
un hijo

Corín Tellado

Aquel verano llovía poco (cosa rara en Gijón) y el calor regularmente se mantenía por encima de los veinte grados, lo que tampoco era frecuente. El termómetro situado en el Muro, ante la preciosa playa de San Lorenzo, a ciertas horas del día, incluso, cosa insólita, marcaba veinticinco grados, lo que hacía que los veraneantes (abundantes en el mes de agosto en la preciosa ciudad costera de Asturias) se pasaran el día entero en la playa, o en cualquier cala cercana de la costa, dado que en los alrededores de Gijón existen abundantes playitas bordeadas de acantilados en lugares de verdadero ensueño.

Pero pese a todo esto y al calor que apretaba, Chana y Belén Vilar no se hallaban ni en la playa de San Lorenzo ni en La Ñora o la playa España, pongo por caso.

Era sábado y ninguna de ambas hermanas trabajaba aquella tarde, por lo que se habían citado en la cafetería Auseva, ubicada en la plaza de Begoña, a las once en punto de la mañana.

Índice de contenido

Cubierta

Quiero un hijo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Sobre la autora

Es fácil conocer a dos esposos; por su cortedad cuando se encuentran, o por la satisfacción que experimentan cuando se pierden de vista.

ANÓNIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel verano llovía poco (cosa rara en Gijón) y el calor regularmente se mantenía por encima de los veinte grados, lo que tampoco era frecuente. El termómetro situado en el Muro, ante la preciosa playa de San Lorenzo, a ciertas horas del día, incluso, cosa insólita, marcaba veinticinco grados, lo que hacía que los veraneantes (abundantes en el mes de agosto en la preciosa ciudad costera de Asturias) se pasaran el día entero en la playa, o en cualquier cala cercana de la costa, dado que en los alrededores de Gijón existen abundantes playitas bordeadas de acantilados en lugares de verdadero ensueño.

Pero pese a todo esto y al calor que apretaba, Chana y Belén Vilar no se hallaban ni en la playa de San Lorenzo ni en La Ñora o la playa España, pongo por caso.

Era sábado y ninguna de ambas hermanas trabajaba aquella tarde, por lo que se habían citado en la cafetería Auseva, ubicada en la plaza de Begoña, a las once en punto de la mañana.

La primera en llegar fue Belén. Una joven de pelo castaño, de unos veintiséis años, de grandes ojos azules y una personalidad aunque silenciosa, nada frecuente en una chica de su edad. Se situó en una esquina ante el ventanal que ofrecía toda la panorámica del paseo de Begoña y desde el cual podía perfectamente ver llegar a su hermana.

Chana no solía ser tardona, por lo que Belén esperaba impaciente que su hermana apareciera, pues ignoraba aún

por qué la noche anterior la había llamado con tanto interés y citado con tanta premura.

Los aparcamientos a ambos lados de la plaza o el paseo no dejaban hueco alguno, lo que tampoco dejaba de extrañar a Belén, dado que suponía a la gente en la playa y lo lógico es que los autos no ocuparan aquel lugar; sin embargo, y teniendo en cuenta cómo se llena Gijón de turistas en el mes de agosto, era de esperar que los automóviles se dejaran en cualquier esquina, dado que la ciudad no abundaba en *parkings* subterráneos.

Tampoco esperaba que Chana llegara en auto. Las distancias eran cortas y su hermana vivía en la calle Corrida, justo dos pisos encima del comercio Simago y a dos portales del hotel Castilla.

Ella, en cambio, vivía en el mismo Muro, enfrente de la playa, en un pequeño apartamento de cuatro huecos, suficiente y más para ella sola.

Como médico ginecólogo, en las mañanas hacía su servicio en la Residencia de Cabueñes perteneciente a la Seguridad Social y en las tardes trabajaba con dos compañeras en una clínica que habían montado entre las tres y que se ubicaba en la calle Asturias, una calle muy comercial y frecuentemente concurrida todo el día.

En aquel momento vio aparecer a Chana a la altura de Fernández Vallín, abordando ya el paseo de Begoña y se fijó en su caminar presuroso, en su expresión de desencanto, así como en sus pantalones blancos de pinzas, sus sandalias rojas y su camisa de flores, sencilla, de manga corta. Al hombro colgaba una bolsa de baño de lona, de colores chillones.

Rubia natural, con abundante cabello que en aquel instante ataba como al descuido en forma de cola de caballo, los ojos verdes, su cuerpo bastante alto, muy esbelto y de líneas armoniosas, se acercaba por la acera lateral y viendo a Belén, la saludaba con la mano.

Belén también tenía, junto a la butaca en la cual se hallaba sentada, su bolsa de paja, con bikini, toalla y los con-sabidos aceites bronceadores, pues una vez tomara el café con su hermana pensaba irse a su caseta situada a la altura de la escalera doce y pasarse el día tendida al sol, ya que disponía de poco tiempo para tales goces personales.

Viendo acercarse a Chana pensaba que seguramente su hermana la acompañaría, ya que parecía venir preparada para un día de playa y sol.

—Hola —saludó Chana colgando la bolsa en el respaldo de la butaca y sentándose seguidamente enfrente de Belén—. Me he retrasado.

—Ni que tuvieras una docena de hijos —rio Belén.

Chana hizo un gesto vago.

—Joaquín deja todo hecho un desastre cuando sale a su trabajo y me da muchísima rabia que tenga que recoger la asistenta cosas íntimas de mi marido. Así que me pasé el tiempo que tardé en venir en ese vulgar menester.

—Por eso sigo soltera —rio Belén, divertida—. Me sentaría como cien patadas en el estómago perder el tiempo recogiendo lo de un marido machista que no se sabe arreglar solo.

—Oye, Belén, que Joaquín no es machista.

—Pues tú me dirás; si tú también trabajas, ¿por qué has de hacer de doncella de tu esposo?

—Él lo deja en su sitio cuando sabe que yo trabajo, pero en sábado, como yo no voy a la agencia..., ya entiendes.

—De acuerdo. ¿Qué tomas?

—Un café.

—Pues dos —y como pasaba el camarero, solicitó el servicio.

—No he fumado aún —añadía—. De modo que cuando me tome el café, el primer cigarrillo me sabe a gloria.

Chana fumaba ya y decía aspirando una calada:

—Cuando le di el café a Joaquín, me tomé otro.

—Además le haces el café y todo.

—Belén, no vengas con tus feminismos. Lo que tengo que decirte me parece grave.

—¿Sí?

—Entiendo que mucho.

* * *

El camarero les sirvió, pagó Belén y mientras tomaba el café a pequeños sorbos, ya encendía el cigarrillo.

—Veamos —muy sería—. Noto que, efectivamente, estás disgustada. ¿Pasa algo raro con Joaquín?

—Pasa con los dos.

Belén alzó su cara morena, de vivos e inteligentes ojos.

—¿Hace agua tu matrimonio?

—No. No se trata de eso.

—Tampoco me asombraría —apuntó Belén, un tanto despiadada a juicio de su hermana—. Nunca me agradó Joaquín demasiado.

—¡Belén!

—No me digas que te lo oculté.

—Yo le amo.

—Sin duda, pero a mí esa gente que en su día estuvo cargada de dinero, que no acepta bajar sus humos de gran señor, que además no tuvo el buen acuerdo de acabar carrera alguna y como refugio se coloca en un banco, cosa, la verdad, que hacen casi todos los que nunca llegan a nada concreto, y que encima le salen los prejuicios por todos los poros, me suelen repatear. —Y ante el disgusto de Chana, añadía, como si no apreciara aquel—: Es curioso. Nosotras somos hijas de un practicante que se vio y se deseó para salir adelante, pero aquí nos tienes, yo médico, tú licenciada en Empresariales y conociendo ambas tres idiomas, y esos que se pasaban la vida en los clubs privados hace diez años, ahora apechugando en un banco y sirviendo a todo el mundo.

—Belén, eres una resentida.

—¿Porque digo verdades?

—Nunca entenderé por qué siendo como eres, no te fuiste a establecer a Madrid.

—Porque no me da la santa gana. Porque me encanta poder pasar por las narices un título que gané en buena lid y que no me perdonan los que hace diez años no me permitían la entrada en sus clubs privados.

—Mira que eres...

—Bueno, al grano. Soy médico y como tal he de demostrar mi humanidad. Veamos qué te ocurre.

—Mi esterilidad.

—¿Qué? —y Belén casi dio un salto.

—Soy estéril y yo amo a Joaquín.

—¿Y qué que ames a tu marido para que tengas que ser estéril? No te entiendo, Chana. Y no me vengas ahora en que te has dejado explorar por un compañero cuando tienes una hermana especializada en la materia que tú mencionas.

—No. No hice exploraciones, pero tampoco evito los hijos, hace dos años que me casé y... sigo igual.

—Bueno, tampoco eso es como para mencionar una hipotética esterilidad.

—Joaquín se muere por los críos. Yo quisiera ser madre.

Belén había terminado el cigarrillo y el café, y se apresuró a encender otro.

—Es decir, que Joaquín quiere niños, tú no los tienes y vuestro matrimonio empieza a tambalearse.

—No es eso. Tú siempre sacas las cosas de quicio, Belén. Joaquín jamás te fue simpático.

—Me tocó hacer el COU con él en los Jesuitas y nunca lo soporté por su pedantería. Él con cuatro años más que yo, y yo con sobresalientes y él con suspensos. Tú me dirás.

—Al margen de todo eso, yo te digo que mi problema me afecta a mí y también a Joaquín, pero a mí más que a él. Yo amo a Joaquín y mi marido me corresponde.

—No te lo voy a discutir —se alzó de hombros—, dejemos las rencillas a un lado y vayamos al grano. ¿Por qué sabes que eres estéril?

—Y qué me dices de los dos años casada sin tomar nada, ni evitarlos y no llegan.

—Lo mejor es que pases por la consulta y te hagamos una exploración a fondo. Después, ya será cosa de diagnosticar. Por supuesto que si no eres estéril, y se me antoja que no tienes por qué serlo, tendrá que pasar Joaquín a hacer su consabido reconocimiento.

—Pero... ¿Joaquín?

—¿Y por qué no? No pensarás que la esterilidad es patrimonio femenino exclusivamente.

—Con mayor cuantía.

—Te equivocas. Hay hombres estériles en abundancia, lo que ocurre es que no les gusta decirlo y rara vez son civilizados para someterse a estudios ginecológicos.

—Joaquín adora los críos, de modo que si compruebas que yo no soy, sé que no dudará en someterse él.

—Mucho ha cambiado. Porque cuando yo le conocí era el más cursi y pedante y además el más burro de toda la clase.

—¡Belén!

—Perdona. El tiempo cambia a las personas, las madura y les da los golpes correspondientes para que dejen a un lado los prejuicios.

—Pues parece que tú los tienes en contra de Joaquín.

Belén sonrió, dulcificando la mirada.

—No, no, Chana —y por encima de la mesa le asió los dedos—. No me hagas caso. Son rencillas de una época que ya ha pasado, que se disipan y que no vuelven. Si Joaquín te hace feliz, y parece que es así, yo lo acepto sin preámbulos. De modo que cuéntame tu problema y veremos de solucionarlo.

—No hay problema. Joaquín quiere un hijo, no lo dice así, a lo bestia, pero lo sé. Y se le van los ojos cuando ve

críos por la calle.

—Y tú estás humillada porque no se los das.

—No estoy humillada, pero si dolida.

—Bueno, todo se arreglará. Ve mañana por la consulta. Cuando dejes la agencia, te vienes y allí estaremos esperándote.

—De momento, no le voy a decir nada a Joaquín.

—Pero si no eres estéril como supongo, tendrás que decirle que vaya él por la consulta. ¿Irá? ¿Estás segura?

—Sí. Joaquín es muy distinto al joven díscolo que tú has conocido.

—Nunca fue fiel —dijo Belén sin poderse contener.

—Pero a mí me lo es.

—Bueno, puede que haya cambiado —se levantó—. ¿Vienes hasta la playa? Te veo con la bolsa...

Chana también se levantó.

—Vamos. Joaquín quedó de ir a buscarme y llevar unos bocadillos a la salida del banco —salían ya del Auseva—. Oye, y no te pongas a discutir con él de política. El que tú seas tan socialista y él tan conservador, no os da derecho a estar todo el día como el perro y el gato. Lo normal ahora, que todo el mundo puede exponer sin rodeos sus ideologías, es que cada uno respete la del otro.

—Tranquila, Chana, tranquila. Pero permíteme decirte a ti que no entiendo la idea política de tu marido. Si aún quedara en su familia algo que conservar..., pero ¿qué le ha regalado la derecha? Trabajo, y un bajón de Bolsa que arruinó a su abuelo.

—Joaquín hace mucho que se adapta a la situación. Pero sus ideas siguen siendo las mismas y tú tienes el deber de respetarlas, como él respeta las tuyas.

—De acuerdo.

II

Fran Smith andaba paseando por el Muro cuando las vio llegar.

Ya conocía a Belén y le resultaba muy agradable. En cuanto a Chana, trabajaba con él en la agencia.

Se acercó a ellas presuroso.

—Eh, chicas.

Las dos se volvieron.

—Fran —sonrió Chana, amable y afectuosa—, si te contaba en Madrid.

—Tenía que haber ido, pero con este calor, retrasé el viaje para la semana próxima. Hola, Belén.

—Nos vamos a tender al sol. Si vienes.

Fran era un tipo alto, fuerte, de verdes ojos, de unos treinta años. Hijo de padre americano y madre española, y asturiana además, había nacido en Gijón, una vez que el americano vino a montar unas máquinas de la factoría de Veriña y se enamoró de una asturiana, quedando de ingeniero en la factoría y una vez casado con la asturiana, a los once meses nació el hijo.

Pero cuando Fran contaba dieciocho años, murió la madre y el padre decidió dejar la ciudad e irse a Madrid. Allí hizo Fran su carrera de abogado y allí empezó a trabajar en una agencia de viajes, en la cual llegó a director y después recibió el encargo de ir instalando filiales por toda España.

A la sazón se hallaba de director en la agencia donde Chana hacía las funciones de intérprete y relaciones públicas.

—No entiendo —le decía Belén, mientras cruzaban la playa hacia su caseta— cómo soportas vivir en una ciudad llena de prejuicios, siendo tú un tipo tan capitalero.

—¿Y tú? Porque no me digas que tú... siendo médico, libre y pudiendo medrar en Madrid o en Barcelona, te quedas donde naciste.

—Soy asturiana y me siento como tal. Pero tú, si bien asturiano, tu padre y tu mundo...

—No empieces ya a apostillar, Belén —le cortó Chana —, te pasas la vida renegando, pero sigues aquí. Y además, tan asturiana como tú, asturiano es Fran.

—De padre americano.

Llegaban ante la caseta y empezaron a entrar por turno.

Belén salió dentro de un bikini y al rato Chana.

Después salió Fran con su taparrabos, su morenura y su corpulencia.

—Espero que a las dos y pico llegue Joaquín —dijo Fran, tirándose sobre su toalla.

—Y además nos traerá bocadillos y algo de bebida.

—Te invitamos a comer, Fran.

—Gracias, Chana. Es posible que acepte.

—Yo me voy al agua —dijo Belén y se marchó a paso ligero por entre el enjambre de gente que apenas si dejaba un hueco en la arena—. El calor este año resulta muy raro, pero a mí me encanta.

Chana y Fran quedaron tendidos uno junto al otro.

—Creo que mi cometido aquí ha terminado —decía Fran a media voz—. Todo marcha bien en la agencia y cuando vaya a Madrid, pediré retornar a la gran capital. En realidad tiene Belén un poco de razón. Cuando te has habituado a una gran capital, Gijón te resulta demasiado chico. Y es que además, todo el mundo te conoce y eso resulta algo molesto.

—Sentiré que marches, Fran. Contigo en la agencia da gusto vivir, porque nadie se altera y todos te respetan.

—Antes de irme, nombraré un buen director. Puede serlo Eduardo, ¿qué dices tú?

—Puede. No es mal chico y resulta muy ordenado, correcto y considerado.

—¿Fumas?

—Dame.

Y los dos fumaron.

—Todo esto me hace recordar cuando tenía quince, dieciséis y dos años más. Ha cambiado todo mucho. Joaquín y yo solíamos acodarnos en el Muro y mirar a los bañistas.

—Dirás, las...

—Bueno, sí. Joaquín y yo fuimos grandes amigos durante muchos años. No entiendo cómo Joaquín no terminó la carrera.

—Las cosas se torcieron, la crisis se precipitó y como él iba moroso en los estudios, vista la ruina familiar, hubo de tomar una determinación. Después nos conocimos y nos casamos.

—Nunca pensé que Joaquín se casara.

—¿Y por qué no?

—Yo no tengo madera de casado y Joaquín tampoco la tenía. Pero la vida da muchas vueltas y la forma de pensar suele cambiarla la mujer —sonrió—. De todos modos me alegro de que se haya casado contigo... —Y con nostalgia, después de una pausa, añadía—: Han sido años preciosos, te lo aseguro. Cuando íbamos juntos a los jesuitas, Joaquín no era mal estudiante. Hicimos allí el bachiller...

—Pero tú te fuiste a Madrid, hiciste derecho y Joaquín en cambio tropezó el sexto y lo repitió tres veces y al fin llegó a COU y ahí se estancó. Fíjate que Belén, que es cuatro años más joven que él, lo alcanzó.

—Pero yo no conocí ni a Belén ni a ti.

—Claro, en aquella época tampoco yo conocía a Joaquín, de vista, sí, claro. ¿Quién no se conoce en esta ciudad? Y pienso que recuerdo vagamente haberte visto con él. En aquella época las chicas se os rifaban, pero yo lo sa-

bía más bien por las mayores, ya que tenía seis años menos y si bien a cierta edad eso no se nota, a la edad temprana supone una diferencia abismal.

—Cuando falleció mi padre y hube de llevarlo a su tierra natal americana, como él me había pedido, pensé en retornar aquí, pero no pude. Mi cometido estaba ya decidido. Tenía acciones en la agencia y mi deber era expansionar el negocio. Creo haberlo hecho bastante bien. Y si te digo la verdad, me cuesta dejar Gijón. No obstante, mi destino es nuevamente Madrid.

Belén retornaba y ahora se iba Fran corriendo por entre el gentío que poblaba la playa.

—Un gran chico —ponderaba Belén, entretanto se secaba el cabello con una toalla que sacó de la caseta—. Y Joaquín lo estima de veras.

—Fueron íntimos amigos, inseparables amigos y volver a verse después de tanto tiempo, siempre resulta agradable.

—El agua está estupenda, Chana. ¿No te tiras? Ah, oye, antes de que venga Fran o Joaquín. No te olvides que mañana te esperamos en la clínica.

—Será pasado. Mañana es domingo.

—Caramba, es cierto. Mañana me voy a la de Verdicio con las amigas. Estaremos de playa y campo todo el día. ¿Qué harás tú?

—No lo sé. Joaquín los domingos suele jugar la partida en el club con Fran y otros amigos.

—¿Vas tú por el club alguna vez?

—Pocas. No acabo de encajar. El hecho de que sea la esposa de Joaquín no me conforma para reunirme con personas que nunca fueron de mi ambiente.

—Eso del ambiente es un cuento tártaro.

—En una ciudad grande, pero aquí, donde cada cual sabe de dónde procede, no es tan fácil superarlo.

—¿Complejos?

—¿De qué?